



*Annie Braddock: Hay una creencia popular entre los antropólogos que afirma que uno debe sumergirse en un mundo desconocido para comprender verdaderamente el propio.
(Una niñera en apuros)*

Parece que estoy en un sueño. No. Parece que estoy en una película. Una película sin subtítulos.

Desde que entré en ese túnel que lleva al avión, fue como si un doble se hubiera adueñado de mi cuerpo y estuviera actuando por mí. Mi asiento estaba junto al de un chico que también se iba de intercambio, Luiz Carlos, al que yo ya conocía de las reuniones de orientación. ¡El pobre de verdad se preocupó por mí! Tampoco era para menos, ¡no podía dejar de llorar! La aeromoza también estaba un poco afligida, vino a preguntarme si tenía miedo, me dijo que no me preocupara, porque todo estaba perfecto en el vuelo. Hasta me dio una barrita de cereal extra. ¡Me dieron ganas de decirle que mi problema no era el estómago, sino el corazón! Pero

no le dije nada, solo seguí llorando y viendo cómo Belo Horizonte se hacía cada vez más chiquito en la ventana del avión...

Bajamos en Río de Janeiro para tomar el vuelo de conexión; Luiz Carlos se despidió de mí, porque iba a tomar un avión hacia Nueva Zelanda, y después la señorita de la aerolínea me llevó hasta adentro de mi avión con destino a Inglaterra. No sé si hace eso con todos los menores de edad o si lo hizo porque le dio lástima mi cara de llanto.

En ese nuevo avión había otros cinco alumnos de intercambio de varias partes de Brasil que iban a Inglaterra: tres chicos y dos chicas. Ninguno lloraba como yo y todos intentaron consolarme. Comenzaron a hablarme de las ciudades de Inglaterra que les habían tocado, y a decirme que yo tenía mucha suerte de ir a Brighton (¡según ellos, es la ciudad donde hay más fiestas en el mundo!) e inventaron muchos juegos para distraerme, pero recién cuando empezó la película *El cadáver de la novia* (le puse cinco estrellitas), que todavía ni se ha estrenado en BH, pude pensar en otra cosa y dejar de llorar.

Después acabé durmiéndome, y cuando me desperté ya era casi hora de aterrizar en Londres. Apenas tuve tiempo de comer el desayuno que sirvió la aeromoza, de pasar rapidito al baño para cepillarme los dientes y peinarme, cuando el avión aterrizó. Anoté los e-mails de los demás alumnos de intercambio, y cada cual se fue a recoger su maleta.

En ese momento, me sentí como Macaulay Culkin en *Mi pobre angelito*. Miraba a un lado, miraba al otro y no veía a nadie conocido, la gente era tan distinta a la que yo estaba acostumbrada... Otro tipo de ropa, otros peinados...

Me puse a esperar a que pasaran mis maletas, pensando en cómo iba a hacer para cargarlo todo. Pero poco a poco la banda se fue quedando vacía y ni rastro de las mías. Empecé a buscar

a los otros alumnos de intercambio, para ver si alguno de ellos seguía esperando también, pero ya no había a nadie. ¡Me angustié muchísimo!

Me acerqué a una chica que tenía una identificación del aeropuerto, para preguntarle si ya habían llegado todas las maletas, pero ¡recién cuando dije “hola” me acordé de que allí no debía decir precisamente “hola”, sino “hi”! La chica me miró, dijo algo que no entendí ni remotamente y, cuando vio mi uniforme de alumna de intercambio llena de banderitas brasileñas, me preguntó: “¿Brasil?”. Yo respondí que sí, asintiendo vigorosamente.

Entonces llamó a un señor de traje que estaba cerca, también con la identificación, y le dijo algo en aquella lengua que debería ser inglés, ¡pero que en ese momento me pareció chino! Él me miró y me dijo (con acento, pero gracias a Dios en portugués): “¡Hola!, ¿necesitas que te ayude en algo?”.

Casi me puse a llorar de nuevo, esta vez de felicidad, por encontrar a alguien capaz de entenderme. Le expliqué que estaba esperando mis maletas desde hacía mucho tiempo, pero que todavía no habían aparecido, y que estaba angustiada porque allá afuera estaban esperándome unas personas que todavía no conocía, y me moría de miedo de que se fueran.

El señor, que según la identificación se llamaba Sr. Thompson, me pidió que le mostrara mi boleto de avión y me dejó esperando junto a la chica de la ventanilla mientras él iba a chequear qué estaba pasando. Después de lo que me parecieron horas, pero que en realidad no debieron ser más de cinco minutos, volvió y me pidió que lo acompañara hasta la ventanilla de la aerolínea. Cuando llegamos allí entendí que realmente mis maletas no habían llegado en el mismo avión que yo, se habían extraviado y estaban perdidas en algún lugar del mundo...

Mientras llenaba un formulario para que las localizaran, el Sr. Thompson fue al servicio de informaciones del aeropuerto y pidió que llamaran a mis padres ingleses por los altavoces –“Mr. Kyle and Mrs. Julie Marshall”– ya que a esas alturas no debían seguir en las puertas de llegada de pasajeros.

Al escuchar el llamado en los altoparlantes, empecé a mirar hacia todos lados, esperando ver las caras de aquellas personas a las que solo conocía por foto. Un minuto después, vi a dos niños rubios que corrían hacia mí haciendo carreras. El menor llegó primero y por poco me derribó. Enseguida llegó el mayorcito, que masticando unas palabras en español, exclamó: “¡Buenas tardes, señorita! ¡Soy Teddy! ¡Bienvenida!”.

No sabía si reír o llorar. Poco después llegó una niña hermosa, alta, seguida de una pareja también muy hermosa. Ahí estaba mi nueva familia, la gente con la que pasaría un año.

Después de intercambiar abrazos y sonrisas, me ayudaron a terminar de llenar los papeles; la aerolínea me prometió que al día siguiente recibiría mis maletas, y nos fuimos al estacionamiento.

Justo a la salida del aeropuerto tuve mi primer choque cultural. ¡Nunca había sentido tanto frío! Yo solía decir que era friolenta porque se me congelaban las manos con cualquier brisa, ¡pero en ese momento descubrí que el frío era una sensación que todavía no había experimentado! Mi chaqueta era muy abrigada y, antes de salir a la calle, me había puesto también un suéter que llevaba en la bolsa de mano, pero ni la chaqueta ni el suéter fueron suficientes. Era como si mil cuchillos me cortaran la piel; empezó a costarme respirar, y cuando soltaba el aire se formaba una nube de vapor frente a mí. En otra situación aquello me habría parecido genial, ¡pero en ese momento solo quería meterme en algún lugar caliente antes de congelarme!

Tracy, mi nueva hermana, se dio cuenta, así que se quitó de inmediato una bufanda que llevaba puesta y me la puso alrededor del cuello y de la nariz. Noté, aunque no entendía lo que decían, que los padres les pidieron a los niños que se apuraran para que llegáramos más rápido al coche. En cuanto entramos, prendieron la calefacción, y recién entonces empezamos a conversar. Bueno, ellos hablaron; yo me la pasé diciendo que sí con la cabeza.

Siempre oí decir que el inglés británico era más bonito, más correcto... ¡pero nadie me había dicho que era más difícil! Estudié cinco años de inglés, siempre me sacó diez en los exámenes de la escuela, entiendo perfectamente bien cualquier película de Hollywood sin necesidad de subtítulos... ¡pero nadie nunca me preparó para la lengua que hablan en este país! Parece todo... menos inglés. Pero, por lo visto, eso es precisamente lo que voy a tener que aprender, a menos que quiera vivir muda todo un año.

Con mucha paciencia y mímica (y las pocas palabras en español que mi “hermano” insistía en decirme, por más que yo le explicaba que en Brasil hablamos portugués), anunciaron que íbamos a dar una vuelta por Londres para que ya pudiera darme una idea de cómo es la ciudad antes de ir a Brighton. Dijeron que seguro me moría de ganas de conocer la capital de Inglaterra. De lo único que me moría de ganas era de entender bien lo que decían, y de dejar de sentir frío, pero solo sonreí y agradecí. Enseguida me preguntaron si tenía hambre y no esperaron a que respondiera: los niños inmediatamente empezaron a pelearse por el restaurante al que iríamos a comer. En ese momento me di cuenta de que para ellos ya era hora de la comida. Yo todavía tenía el horario brasileño, ¡para mí eran las ocho y media de la mañana! Pero en Inglaterra ya era hora de comer.

Dimos una vuelta por Londres como me habían prometido. Pasamos frente al Palacio de Buckingham, y empecé a sentirme realmente en la tierra de la reina. Aunque confieso que ni siquiera me emocioné al ver el Big Ben, me preocupaba mucho mi maleta (no podía dejar de pensar en lo que me pondría después de bañarme... ¡ya llevaba unas 15 horas con esa ropa!), mi falta de intimidad con aquella gente totalmente nueva en mi vida y –claro– la nostalgia que ya sentía por Brasil. Pero intenté sonreír y mostrarme muy agradecida.

Finalmente, después de comer en un restaurante árabe (que gracias a Dios tenía calefacción), me dijeron que iban a llevarme a casa, pues debía estar muy cansada y seguramente quería dormir un poco. Tenían toda la razón. Volvimos al coche y circulamos por la ciudad hasta tomar una carretera muy linda. Yo miraba *todo*, intentando no perder ningún detalle; me di cuenta de que había un poco de nieve en algunos sitios. Ellos me contaron que había nevado hacía una semana, pero que el frío todavía no había permitido que se descongelara todo.

Después de una hora y media de viaje, llegamos a Brighton. Insistieron en dar una vuelta conmigo por la ciudad, y pude ver de lejos los sitios turísticos que ya había investigado en Internet. Hubiera querido llevar mi cámara, que estaba en la maleta, pero seguramente tendría mucho tiempo para tomar fotos después.

Cuando llegamos a casa ya eran las cuatro de la tarde, según el horario inglés. Mi nueva familia vive en la cumbre de una colina y su casa es muy linda. Toda pintadita de blanco, de dos pisos, con una canchita de fútbol atrás y un columpio al frente. Abrimos la puerta y nos topamos con un gato muy peludo, que me miraba asustado. Maulló y salió corriendo por la puerta, y entonces la que se asustó fui yo, pero ellos se apresuraron a explicarme que así era

su gato, que le encantaba dar paseos por la calle, pero que siempre volvía al anochecer, para comer y dormir en el sillón de la sala.

Me mostraron la habitación donde iba a quedarme: las paredes eran color rosa, tenía cortinas blanquitas, cama de dos plazas y un escritorio. Tracy fue a su dormitorio y me trajo una pila de ropa prestada. Me dijo que, mientras mi maleta no llegara, podía ponerme lo que quisiera y pedir más, si lo necesitaba; que se lo dijera con confianza.

El niño más pequeño, Tom, me tomó de la mano y me llevó a su cuarto para mostrármelo, y me explicó que todo el desorden era culpa de Teddy, con quien él (desafortunadamente, según dijo), compartía el espacio. A continuación, él y su hermano se pusieron a mostrarme todas las habitaciones de la casa, y me dio gusto que me estuvieran tratando tan bien, pero también me sentí muy extraña con esa intimidad instantánea.

Mi mamá inglesa me trajo toallas y me enseñó a usar la ducha. Me dijo que podía decirle Julie o *mum*, como me sintiera más cómoda (decidí que le diría Julie... a fin de cuentas, madre hay una sola; aunque no le dije eso). A continuación me preguntó qué me gustaba comer y me dijo que podía tomar lo que se me antojara del refrigerador.

Entonces me acordé de que tenía que avisarles a mis papás que ya había llegado. Ya debían ser las dos de la tarde en Brasil y todavía no les había dado ninguna noticia. Me armé de valor y fui a pedirles que me dejaran usar el teléfono. No solo me dijeron que sí, sino que me ayudaron a hacer la llamada y me enseñaron los códigos que debía marcar antes del número de mi casa.

Realmente me sentía sorprendida. Todo estaba sucediendo mejor de lo que había esperado.

Desde el avión, la noche anterior, ya no había vuelto a llorar,

pero me bastó escuchar el “¿Bueno?” de mi mamá y ya todo fueron lágrimas. Ni siquiera pude responder. En lugar de palabras, brotaron lágrimas y más lágrimas. Mi mamá, cuando se dio cuenta de que era yo, empezó a gritarle a mi papá para que tomara el otro teléfono. Ambos se pusieron a hacerme millones de preguntas al mismo tiempo: cómo era la familia, cómo era la casa, cómo era la comida, cómo había estado el vuelo... Yo intentaba responder entre sollozos, pero mis nuevos hermanos me miraban de lejos con los ojos cuadrados, sin entender por qué hacía tanto drama; entonces les dije rápido a mis papás que solo había llamado para avisarles que había llegado bien, les conté que no habían llegado mis maletas, y les avisé que después volvería a comunicarme para hablar con más calma y contarles bien todo, pero que no se preocuparan, porque por lo visto la familia era muy buena onda. Mis papás parecieron alegrarse, pero me sentía desolada al colgar. Lo hubiera dado todo por tenerlos cerca en ese momento.

Exhausta por las emociones de los dos últimos días, me disculpé por el llanto con mi nueva familia, les expliqué que solamente extrañaba a mis padres y les avisé que iba a bañarme. Luego me puse la ropa de Tracy, me lavé los dientes, les di las buenas noches a todos y me acosté, aunque apenas eran las siete de la noche.

Cuando ya me estaba durmiendo me acordé de que había prometido escribirle a Gabi y a Natalia en cuanto llegara... Tendrían que esperar hasta el día siguiente.

Lloré casi hasta quedarme dormida. De repente, en lo que yo creí que ya era un sueño, escuché una voz en mi cabeza: “Yo te voy a esperar, esto no es más que un tráiler...”.

Empecé a recapitular cada minuto desde que Leo fue a mi casa a despedirse de mí. Mi tristeza al pensar que no iría al

aeropuerto, mi euforia al leer la carta que me había escrito, la sorpresa al verlo ante mí y, finalmente, la felicidad de aquel beso.

Ahora estábamos a miles de kilómetros de distancia, pero si él realmente iba a esperarme, todo ese sufrimiento valdría la pena. Salté de la cama, abrí mi bolsa de mano, tomé su foto, le di un gran beso, la puse bajo la almohada y me dormí recordando aquella sonrisa con hoyuelos que había aprendido a amar tanto...



De: Cristiana <cristiana.acb@gmail.com>

Para: Fani <fanifani@gmail.com>

Fecha: 07 de enero, 15:22

Asunto: Ya caí

Hijita mía, acabamos de hablar por teléfono. No sé por qué, pero recién ahora caí en la cuenta; todavía no había entendido realmente que no ibas a volver a cenar con nosotros... Estás del otro lado del mundo y vas a quedarte un año allá. Estoy un poco melancólica, pero se me va a pasar.

Me preocupó mucho lo de tus maletas, pero tu papá y yo vamos a entrar en contacto con la aerolínea y lo vamos a resolver todo. ¡Qué absurdo que dejaran que se perdieran precisamente tus maletas! Mientras tanto, puedes comprarte algo de ropa nueva para los primeros días, ¡pero de buen gusto, hija! La primera impresión de verdad es muy importante y vas a conocer a mucha gente nueva en estas primeras semanas. Tu papá me está diciendo que te pida que tengas cuidado con el tipo de

cambio, las libras no valen lo mismo que los reales, ;siempre acuérdate de hacer la conversión para ver cuánto estás gastando realmente!

Me gustaría saber también cuál fue la primera impresión que tuviste de la familia que te está recibiendo. En el teléfono hablaste muy rápido, y me da mucha curiosidad, quiero detalles. ;Cualquier problema, me cuentas y yo hablo con el director de tu programa de intercambio para pedirle que te cambien de lugar! ;No aceptes nada que no te merezcas, hija mía! Beatriz, mi amiga del curso de Francés, me contó que la hija de su vecina, durante su intercambio, tuvo que dormir en una cama llena de pulgas porque la familia tenía un perro pulgoso que solía dormir precisamente en la cama que le dieron a ella. ¿Te imaginas qué cosa tan desagradable? ;Eso es inaceptable! Avisame si te pasa cualquier cosa parecida, ;y yo me encargo! No hay pulgas en tu cama... ¿o sí?

Fani, tengo que decirte algo muy importante. Vi lo que pasó entre Leonardo y tú, todo el mundo lo vio. Hija, por favor, yo quiero mucho a Leo, pero sé sensata, ;olvidate de ese chico durante un año! Ya tenemos suficiente con Alberto, que nos salió con una cosa rara en el coche, de regreso del aeropuerto: empezó a decirnos que quería pedir que lo transfirieran a la universidad de acá, aunque para eso tuviera que cambiarse de carrera. ;Dice que extraña vivir en Belo Horizonte! Yo creo que se le olvidó que se fue a estudiar en Divinópolis precisamente porque no pudo pasar el examen de Medicina de las universidades de aquí! ;Seguro

anda con esas ideas por culpa de una mujercita! ;No se me ocurre otra cosa! ;Imagínate, cambiar de carrera! ;Ni sobre mi cadáver se va a salir con la suya! Por eso te digo: ;no dejes que Leonardo obstaculice tu vida! Cuando regreses, ya hablarán y, si él no tiene novia para entonces, decidirán qué hacer. Guarda el CD que te dio (y que ni siquiera me dejaste meter en la maleta por miedo a que se perdiera, como si adivinaras lo que iba a pasar) y no lo escuches hasta que regreses. Aprovecha por completo tu intercambio, sin ataduras. Tienes toda la vida por delante para tener un novio brasileño, ahora debes conseguirte unos noviecitos internacionales. O, pensándolo bien, nada de novios internacionales, solo algo temporal; necesitamos que tengas ganas de regresar dentro de un año, tienes que presentar el examen para la carrera de Derecho. Ve pensando en eso desde ahora. Mándame noticias en cuanto puedas. Te extraña muchísimo.

Mamá



De: Juliana <jujubinha@mail.com.br>

Para: Fani <fanifani@gmail.com>

Fecha: 07 de enero, 16:00

Asunto: Extraño a mi tía Fani

Tía Fani, mi papá está escribiendo por mí. Estamos en tu habitación y todo está vacío sin tus DVDs. Yo quería

la película de *Blancanieves* prestada, pero papá me dijo que no sabe dónde la escondiste, ¿puedes decirle dónde está para que me la dé, por favor? Te prometo que no la voy a romper.

Josefina también está aquí, acabo de darle una hojita de lechuga y creo que me sonrió, ¡aunque papá dice que las tortugas no sonríen! ¡Pero las Tortugas Ninjas de las caricaturas sí se ríen! Quería llevarme a Josefina a casa, pero mi papá me dijo que también tenía que pedírtelo. No te olvides de traerme mi Barbie: quiero la del castillo de diamantes.

¡Besos!

Juju



.....



De: Alberto <albertocbelluz@bol.com.br>

Para: Fani <fanifani@gmail.com>

Fecha: 07 de enero, 18:52

Asunto: ¡Aguanta!

¡Hola, hermanita!

Mamá y papá me dijeron que hablaron por teléfono contigo hace un rato, lástima que había salido, ¡a mí también me hubiera gustado charlar contigo!

¿Entonces? ¿Cuál es tu primera impresión de la tierra de la reina? ¿Ya te tomaste unas "pints" en algún "pub" por ahí? Cuidado, dicen que la cerveza de Inglaterra es más fuerte que la nuestra...

Fani, tengo que preguntarte algo: yo sé que debería estar escribiéndote solo para hablar de tu nueva vida allí, pero es que yo también tengo que encontrar mi camino aquí, y solamente tú puedes ayudarme.

Natalia, tu amiga... ¿te dijo algo sobre mí después de Año Nuevo? Porque ya sabes cómo es eso del "Feliz año nuevo, adiós año viejo" en el club: todo el mundo besándose... Eso fue lo que pasó, pero no sé si para ella fue solo una cosa del momento, ¿me explico? ¿Te comentó algo sobre mí? Y el chico ese del que se la pasaba hablando, el tal Mateus, ¿todavía le gusta?

Espero que me contestes pronto... No había pensado en ella desde Año Nuevo, pero cuando la vi en el aeropuerto en minifalda me dieron unas ganas locas de revivir los viejos tiempos... jejeje. ¿Ya ves?, voy a cuidar muy bien a tu amiga mientras estés fuera... ¡no te preocupes!

Cuídate allá, no vayas a engordar, ¿eh? Nada de desquitar la nostalgia comiendo mucho. Ah, hablando de desquitar, ¿cómo es eso de que Leo te dio un beso en la boca? Si no me le fui encima a golpes fue porque parecía que a ti te estaba gustando mucho. Mamá está obsesionada con que te la vas a pasar encerrada en el dormitorio escuchando un CD que te dio, pero si yo fuera tú, tomaría ese CD y lo lanzaría en la playa, estilo *frisbee*, ¿entiendes? Acuérdate de que tu vida está ahí ahora. Ah, escuché decir que allí la playa tiene piedras en lugar de arena, ¿es cierto?

Besote.

Alberto